

Despidiéronse con esto los dos personajes, y Carlos V. prosiguió su viage á Alemania, donde mucha

sobra por cierto pia para ganar el cielo comprando á Milan con la sangre de Cristo...—«Pensaba el papa (dice despues que el emperador apretado con la grandisima necesidad en que estaba, daria fácilmente á Milan por dineros, de suerte que ya tenemos otro codicioso por este ducado que tanto costó al mundo.»

Por lo que hace al escrito de Don Diego de Mendoza, era tan fuerte, y hablaba en él tan libremente del papa, que el mismo Sandoval al insertarle tuvo por conveniente suprimir lo superfluo y mal sonante. Estampó, sin embargo, muchos párrafos, de los cuales nosotros solo tomaremos alguno, como muestra de la libertad con que en aquel tiempo se escribía de las materias y se hablaba á un emperador tan católico como Carlos V.

«Allende de esto (decia), teniendo todo el mundo por cierto que solo el papa os puso en los peligros pasados y trabajos presentes... por solo necesitaros y traerlos á este punto en que estais, viendo agora que en lugar de vengaros le gratificais, y en lugar de ofenderle os meteis á bajezas y poquedades, ¿quién estimará vuestra potencia? ¿ni quién temerá dañaros, pues de el daño nace provecho, y de la ofensa gratificacion?...» Y mas adelante.—«¿Qué mayor desacato en el mundo se puede hallar, que habiéndoos ofendido, como os ha ofendido, no solamente no tiene vergüenza de parecer ante vos, pero os demanda cosas, que no sería justo pedir las habiéndoos redimido de turcos? Y pues esto es así, y tan verdad como la

misma verdad, estad, señor, sobre vos, conservad lo que teneis, trabajad por adquirir lo demas, y manteneos en vuestra reputacion, porque yo certifico á V. M. que en esta coyuntura con solo hallaros fuerte de palabras le podeis vencer sin otras armas: porque el estado de la Iglesia es mas vuestro que suyo... No hay príncipe en toda Italia que no esté ofendido, no hay hombre que no esté mal contento de él: usad en esta ocasion del hierro y no del ensalmo: porque sin duda conocereis el provecho muy manifesto. Y que esto sea así, la experiencia lo ha dado á conocer despues que comenzásteis á tratarle con un poco de respeto y negociar con autoridad. No podreis creer el grande miedo que tuvo, cuando supo el mal recibimiento que hicisteis al legado que fué á España, y el que sintió cuando enviásteis á Granvela al concilio, y últimamente el que ha concebido de vuestra venida á Italia sin haber hecho ceremonia ni cumplimiento con él. El temor de veros venir agora con gente no escada la mala conciencia, perversa y dañada intencion que contra vos tiene: en nada se asegura; de todo se teme; y pues le teneis en estos términos, otra vez exhorto á V. M. que sepa usar de la ocasion, etc.»—El escrito es larguísimo, y está lleno de pensamientos y de frases, aun mas duras que las que hemos estampado, entre ellas la de que «el papa y el francés se habian olvidado de la obligacion de cristianos.»—Sandoval, lib. XXV., párr. 30.

parte del pueblo le creia muerto<sup>(1)</sup>. Llegó á Spira (20 de julio, 1543), y despues de haber dado audiencia á los protestantes y rechazado con la aspereza de un hombre irritado á los que intercedieron para que perdonára al duque de Cléves, pasó á Bouce (15 de agosto), y puesto al frente de un ejército de treinta mil hombres se precipitó sobre los estados del duque, que se retiró al ver descolgarse tal golpe de gente, aumentada luego con la que llevó de los Países Bajos el príncipe de Orange, enviado por la reina doña María. Acometieron los imperiales la fuerte ciudad de Duren. Para su mal propio hicieron los de dentro el arrogante alarde de mostrar por encima de los muros una bandera empapada en sangre, y de arrojar despues un volador de fuego, para dar á entender que á sangre y fuego desafiaban la gente del emperador. Combatida la ciudad y asaltada luego por unos pocos intrépidos y hasta temerarios españoles, sobrecogieron de espanto aquellos hombres antes tan bravos y soberbios, y entrada la ciudad fué puesta á saco, degollados sus defensores y habitantes, y reducidas despues á cenizas sus casas (24 de agosto).

Intimidó y asustó este ejemplo de crueldad á las vecinas plazas; cundió por el país la fama del arrojo

(1) Se habia difundido en el pueblo la voz de que, habiéndose sumergido en los mares de Argel, tenian los imperiales una estatua muy parecida á Carlos y la ense-

ñaban en ciertas ocasiones para hacer creer que era vivo. De esta creencia del vulgo llegaron á participar hasta personajes de la categoría del duque de Cléves.

de los españoles, de quienes se decía que trepaban hasta por las paredes lisas, y todas las fortalezas y ciudades se fueron rindiendo al emperador. El mismo duque, convencido de la imposibilidad de mantener su estado sino encomendándose á la clemencia del César, tomó la resolución de ir á echarse á sus pies con quince caballeros de los suyos. Duro estuvo con él el emperador, y contra su carácter natural se gozó inhumanamente en humillarle. Primeramente se negó á darle audiencia: despues, como el señor de Granvela intercediese por él, le recibió sentado en su silla, vestido de ropa talar y con todo el aparato de su córte (13 de setiembre, 1543). Llegó el duque de Cléves, que era una gentil y muy apuesta figura, acompañado de cuatro caballeros, y se arrodillaron todos delante del César, el cual los tuvo á todos un buen espacio en aquella degradante postura, sin responderles siquiera con un signo de cortesía. Pidieron perdon por él en dos breves arengas el duque de Brunsvick y el embajador de Colonia, y el emperador mandó á su secretario que respondiese por él en muy pocas palabras, diciendo que quedaba perdonado, no obstante que su desacato habia sido tan grande. Entonces Carlos le mandó levantar, levantóse también él mismo, mudó de semblante, le recibió risu eño y le alargó su mano.

Tan duro como habia estado con él hasta humillarle, como si hubiese sido este su único propósito,

estuvo despues indulgente, generoso y noble en las condiciones que le impuso para admitirle de nuevo en su gracia. Redujéronse las principales á que habia de mantener en la fé católica todas sus tierras hereditarias; á que dejaria toda alianza con el rey de Francia y con el de Dinamarca, y sería fiel y obediente al emperador y al rey de Romanos, y á que renunciaria plenamente el ducado de Güeldres en favor de Su Magestad Imperial y de sus herederos y sucesores (1). Con estas condiciones le devolvió todos sus estados, conservando únicamente el emperador como en rehenes dos de sus principales ciudades; y aun despues se los restituyó íntegros; y todavía para darle una prueba mayor de su sincera reconciliacion le dió la mano de la princesa María, hija de su hermano Fernando.

De esta manera, en quince dias ganó el emperador una importante provincia limítrofe de sus estados de Flandes, y quitó al rey de Francia uno de sus aliados mas útiles. Ni Carlos ni Francisco se descuidaban. Mientras aquel sometia el ducado de Güeldres, éste por medio de su hijo el duque de Orleans reconquistaba el Luxemburgo, y acudia su padre en persona á darle el título de este ducado (setiembre). Carlos, concluida la guerra de Güeldres, determinó pe-

(1) Coleccion de Tratados de paz, tom. II.—Anales Brabantinos, tom. I.—Jov. Hist. lib. XLI.—Sandoval, lib. XXV., párr. 41. —Las condiciones de la capitulacion fueron veinte y siete, pero estas eran las cláusulas fundamentales.

netrar con su ejército en el reino de Francia, y puso sitio á la fuerte plaza de Landrecy. Cuando tenia ya apretado el cerco (octubre, 1543), túvose aviso de que se acercaban al campo imperial en socorro de la plaza el rey Francisco y el delfin con un ejército de cincuenta mil infantes y diez mil caballos. Iguales poco mas ó menos eran las fuerzas imperiales. Vociferaba el francés que iba resuelto á dar batalla al emperador, y á destruirle de una vez, y á perseguirle hasta el cabo del mundo. Noticioso de esto el César, presentóse un dia al frente de su campo armado de todas armas, arengando á los suyos á cada cual en su lengua, y exhortándolos á que peleáran como caballeros honrados, añadiendo que si viesen caido su caballo y el estandarte imperial que llevaba Luis Quijada, levantasen primero el estandarte que á él. Cuatro horas estuvieron los imperiales provocando á batalla, y como el francés no diera muestras de moverse de su real, mandó el emperador tocar á retirada una milla del campo. Otro dia intentó acometer el campamento enemigo, mas en tanto que los imperiales se ocupaban en echar unos puentes sobre un riachuelo que los separaba, los franceses á favor de una espesa humareda que á propósito levantaron entre los dos campos se retiraron silenciosamente y sin ser sentidos, de modo que cuando el emperador se apercibió de ello y despachó en su seguimiento algunas tropas, estas dieron en una emboscada prepara-

da por el delfin y perecieron la mayor parte (7 de noviembre, 1543).

Tal remate tuvo el célebre sitio de Landrecy, en el cual creyó toda la Europa que las añejas contiendas entre los dos rivales, Cárlos y Francisco, se iban á decidir en un dia por medio de una batalla general, á que parecia estar dispuestos ambos contendientes. Los franceses se glorian de que su rey tuviera maña para socorrer á Landrecy y quitársela de entre las manos al emperador á la vista de todas las fuerzas imperiales reunidas; mientras los españoles deprimen á Francisco por haber esquivado la batalla con que le brindó el César, y á que él mismo habia venido retando; y aseguran que solo por miedo de algun general, ó por engaño de los espías dejó de destruir al francés y de apoderarse de las personas del rey y del delfin, como que dijo á su general Fernando de Gonzaga: «Vos me habeis quitado hoy mi enemigo de entre las manos (1).»

Entretanto, la cristiandad presenciaba asustada uno de los mayores escándalos que jamás se habian visto. El sultan de Constantinopla, en cumplimiento de

(1) Desacordes están en este punto el italiano Paulo Jovio, el francés Du Bellay, y el español Sandoval, así como otros historiadores italianos, franceses y españoles. Algo debió haber de deslealtad ó de engaño al emperador, puesto que inculpándose mutuamente el general Gonzaga y el capitán Salazar, este se vino á España por temor de algun atentado de aquel, y aquí fué preso por el alcalde Ronquillo, si bien resultó libre de cargo, y solo se le apercibió que no hablara mal de don Fernando de Gonzaga. Sandoval, lib. XXV., párr. 46.

los tratados con el rey cristianísimo, invadía otra vez á la cabeza de un formidable ejército turco el reino de Hungría y tomando por asalto unas ciudades y rindiéndosele otras, pasaban al dominio de la Puerta Otomana las posesiones que en aquel reino pertenecian á don Fernando, hermano del emperador. Por otro lado, el terrible Barbaroja, en virtud de los mismos convenios, saliendo al mar con ciento diez galeras y muchas galeotas y fustas de corsarios, habia costeadado la Calabria, saqueado é incendiado á Reggio, infundido terror á los habitantes de Roma, pasando por la desembocadura del Tiber, abordado por Ostia, Civitavechia y Pomblin á las riberas de Génova, é invadiendo por último en Marsella con la flota francesa mandada por Francisco de Borbon, conde de Eshien (Julio, 1543). Las dos armadas reunidas marcharon á combatir á Niza, postrer asilo del desgraciado duque de Saboya. La plaza se defendió con vigor, mas no pudiendo resistir á un asalto general, se refugiaron los saboyanos á un castillo casi inespugnable, fundado sobre una roca, despues de haber capitulado que se guardaria á los de la ciudad sus vidas, haciendas y privilegios. Tratando estaban franceses y turcos de ganar el castillo, cuando se supo que el marqués del Vasto se acercaba por la parte de Milan con grueso ejército, y como ya Barbaroja anduviese disgustado del poco auxilio que habia encontrado en los franceses, levantó el cerco

(setiembre), no sin enviar al sultan en tres naves hasta trescientos niños y niñas cautivas, que por fortuna rescataron don García de Toledo y Antonio Doria, que con las galeras de Malta y del pontífice corrian la costa de Grecia <sup>(1)</sup>.

El rigor de la estacion obligó á imperiales, franceses y turcos á suspender las hostilidades <sup>(2)</sup>. Barbaroja inverló con su armada en Tolon, sin dejar por eso de enviar algunas galeras á correr las costas de España y de Argel. Mas si los frios del invierno habian paralizado los movimientos militares, no alcanzaron á entibiar el fuego del odio que ardia en los corazones de Carlos y de Francisco, los cuales durante aquella suspension no pensaron en prepararse á emprender con mas ahinco la próxima campaña. En este intermedio se concertó el emperador con Enrique de VIII. de Inglaterra conviniendo en que ambos penetrarian con ejército en Francia, habiéndolo de hacer el inglés en fin de mayo (1544) con veinte y cinco mil infantes y cinco mil caballos por la parte de Normandía. Logró separar de la alianza de Francisco al rey de Dinamarca, que si no era muy poderoso, podia hacer mucho daño por su proximi-

(1) Guichenon, Hist. de Saboya, tom. I.—Du Bellay, Memoir.—Sandoval, libro XXV. núm. 48.

(2) Y sin embargo todavía por este tiempo el intrépido y activo don Alvaro de Bazan acometió con su flota la armada francesa en el

cabo de Finisterre, y le apresó diez y seis navios. Hecho que no hemos visto en las historias, pero que consta de la correspondencia original de aquel célebre marino.—Archivo de Simancas, Estado y Castilla, núm. 62, Armada.

dad á sus dominios, y se dedicó á ganar las voluntades de los príncipes alemanes en la dieta que habia convocado en Spira, para caer sobre Francisco con todo el poder del cuerpo germánico.

Fué esta dieta de Spira la mas numerosa y brillante que jamás se habia visto, y nunca habian concurrido tantos príncipes, electores, eclesiásticos y representantes de las ciudades; asistió tambien el rey don Fernando de Bohemia, hermano de Carlos, y nunca el emperador se vió mas en el lleno de su magestad. Creyó Carlos V. que no era ocasion sino de contemporar con los protestantes para atraerlos, y procuró desde luego ganar la amistad del elector de Sajonia, y del landgrawe de Hesse, que eran los principales del partido reformista, no siendo escaso en hacer las concesiones á fin de obviar embarazos. Cuando ya juzgó poder hablar con libertad, comenzó por esponer á la dieta los dos principales designios por que trabajaba, á saber: la reunion de un concilio general para sosegar las discordias religiosas que inquietaban el imperio, y las medidas convenientes para atajar la pujanza de los mahometanos, cuyos dos grandes objetos estaba impidiendo la criminal ambicion del rey de Francia, promoviéndole injustas guerras, y sobre todo, dando á la cristiandad el inaudito escándalo de llamar los ejércitos y armadas del Gran Turco, y atraerlos al centro de las naciones cristianas. Inculcó sobre el espectáculo irritante y sin

ejemplo de haberse visto combatir juntas y como hermanas la ciudad de Niza, las lises de Francia y las medias-lunas de Turquía, las armas del rey cristianísimo y las del sultan de los mahometanos. Manifestó que el injustificable encono del rey Francisco era el que le impedia congreg ar el concilio, y acudir, como deseaba, á libertar la Hungría, la Alemania y la Italia de las audaces invasiones de Soliman y Barbaroja, y exhortó á todos á que se aunáran con él para combatir á los enemigos públicos de la cristiandad. Esforzaron las razones del emperador su hermano don Fernando y el duque de Saboya; y las escusas que los embajadores del rey Francisco se esforzaron por esponer en la dieta, no fueron atendidas ni casi escuchadas. El emperador habia ganado todos los ánimos. El resultado fué adherirse á la dieta á las ideas de Carlos, declarar la guerra al rey de Francia, y ofrecerle un ejército auxiliar de veinte y ocho mil hombres (1.º de abril, 1544), sostenidos por la liga, y para cuya subvencion se haria un repartimiento general entre todos los estados y ciudades imperiales (1).

No quedaba, pues, al de Francia otro aliado que el turco, y aun de Barbaroja tuvo tales sospechas sobre relaciones, presentes y regalos que entre él y Andrés Doria se cruzaban, que creyó lo mas acerta-

(1) Journal de Vandenesse, mo III.  
209.—Memoires de Granvelle, to-

do y prudente despedirle, no fuera que queriendo contar con un aliado se encontrara con un peligroso enemigo. El único recurso ya del rey de Francia era suplir con la actividad y la energía su aislamiento, y así lo hizo, anticipándose él á abrir la campaña. Comenzóla el fogoso jóven Francisco de Borbon, conde de Enghien, en el Piamonte, sitiando á Cariñan, plaza que el marqués del Vasto habia ganado de vuelta de socorrer á Niza. En auxilio de Cariñan acudió desde Milan el del Vasto, resuelto á dar una batalla, y tan resuelto que no cuidó de ocultar ni disimular su designio. Halagaba este pensamiento al intrépido conde de Enghien, que deseaba señalarse con alguna accion gloriosa. Y aunque el rey le tenia prevenido que no aventurara batalla general, y aunque el consejo del monarca opinó unánimemente que no convenia arriesgarla, de tal modo persuadió al rey y á la corte por medio del elocuente Monluc, enviado al efecto, de la conveniencia de dar el combate, que al fin el rey Francisco hubo de decir al enviado, levantando los ojos y las manos al cielo: «Audad y volved al Piamonte, y allí pelead en nombre de Dios.» Y no solo esto, sino que entusiasmada la nobleza de la resolucion valerosa del de Enghien, marchó voluntariamente á compartir con él los peligros del combate.

Animóse mas el jóven conde de Enghien con la llegada de sus nobles compatriotas, é inmediata-

mente preparó y presentó la batalla, que aceptó el del Vasto. Encontráronse ambos ejércitos en una estensa llanura cerca de Cerisoles. Trabada la pelea, arremetió la caballería francesa con su acostumbrado ímpetu y arrolló cuanto tenia delante; mas por otro lado hizo lo mismo y con no menos arrojo la siempre valerosa y disciplinada infantería española. Por desgracia los ginetes del marqués, ó aturdidos ó cobardes, retrocedieron sin romper lanza, y desordenaron ellos mismo el batallon de tudescos, y cargando sobre ellos los suizos y gascones franceses, todo fué confusion, desorden y matanza en los imperiales. El marqués del Vasto perdió su serenidad acostumbrada, y herido él mismo en un muslo, se saltó de la uña de caballo, dejando á los suyos espuestos á la mortandad, que la hicieron en ellos grande los vencedores. Calcúlase en diez mil los que murieron del ejército imperial, además de una multitud de prisioneros, y de la artillería, bagajes y tiendas que se perdieron tambien. El marqués recogió unos siete mil dispersos en Asti <sup>(1)</sup>. Este fué el golpe mas desastroso que sufrió el emperador en cosas de guerra, y tanto mas sensible, cuanto que á haberle sido favorable se hubiera asegurado la paz de la cristiandad, por-

(1) Memorias de Monluc, y de Du Bellay.—Jovio, Historia, libro XLIV.—Sandoval, lib. XXVI., número 14.—Observa Sandoval que en el mismo día que se perdió la batalla de Cerisoles (primero de la pascua de Resurreccion, 1544) se habian perdido la de Ravenna y la de los Gelbes.